

**Apuntes de la Presentación de Escuela de comunidad
con Davide Prospero y S.E. monseñor Filippo Santoro
en conexión por video desde Milán, 25 de enero de 2023**

*Texto de referencia: L. Giussani, Dar la vida por la obra de Otro, Encuentro,
Madrid 2021, pp. 67-85*

Davide Prospero

Buenas noches, retomamos –aunque debería decir continuamos– el trabajo de Escuela de comunidad. Digo que lo continuamos porque el trabajo que hemos hecho estos meses no ha sido una suspensión ni un paréntesis. Como escucharemos ahora en la introducción que hará monseñor Santoro, la reanudación del trabajo sobre el libro de don Giussani *Dar la vida por la obra de Otro* tiene mucho que ver con las cosas que hemos estado viendo, y sobre todo con el contenido de la gran propuesta que el Papa nos ha hecho con su discurso del 15 de octubre en la plaza de San Pedro (sobre el que hemos trabajado estos tres meses personalmente y en nuestras comunidades). De aquí a los Ejercicios de la Fraternidad abordaremos la segunda parte del libro, que se refiere a los Ejercicios de 1998. Con este trabajo terminaremos la Escuela de comunidad sobre *Dar la vida por la obra de Otro*. Después de los Ejercicios de la Fraternidad retomaremos el curso básico, empezando por *El sentido religioso*.

Tienes la palabra, don Filippo.

Filippo Santoro

Gracias, ¡un cordial saludo a todos! No diremos buenas noches porque en otros lugares aún es de día, o bien noche avanzada. En todo caso, estamos juntos aquí para retomar las dos lecciones de los Ejercicios de la Fraternidad de 1998 sobre «El milagro del cambio». Es justamente lo que el Papa nos indicaba y sugería el pasado 15 de octubre. La intensidad y belleza de estas dos lecciones residen en el hecho de que describen los elementos esenciales que caracterizan y distinguen nuestro carisma de otras expresiones y de otras formas; indican justamente la razón de nuestra vida y de nuestra esperanza.

Hemos cantado: «Cuando veamos todo» (*Errore di prospettiva*, C. Chieffo), precisamente porque la fe consiste en ver y conocer. La fe es una forma de conocimiento. En la lección que presentamos esta noche veréis cómo se declina esta perspectiva. El fado que hemos escuchado, típico de Portugal, un fado precioso –«porque sem Ti não sei vivir» (*Por tudo meu Jesus*), sin ti no sé vivir–, nos recuerda que lo que aquí está en juego es nuestra vida, no una vaga y genérica religiosidad. Nos interesa la vida, nos interesa la experiencia de la vida. En Roma el Papa ha hablado –aparte del desarrollo de todo nuestro potencial («El potencial de vuestro carisma está todavía en gran parte por descubrir [...]. ¡Hay muchos hombres y muchas mujeres que todavía no han hecho ese encuentro con el Señor que ha cambiado y hecho vuestra vida hermosa!»), nos decía– de don Giussani educador: «Tenía una capacidad única de generar [¡de generar!] la búsqueda sincera del sentido de la vida en el corazón de los jóvenes, de despertar su deseo de verdad. Como verdadero apóstol, cuando veía que en los chicos se había encendido esta sed, no tenía miedo de presentarles la fe cristiana» (Francisco, «Que arda en vuestros corazones esta santa inquietud profética y misionera», supl. a *Huellas*, n. 10/2022, pp. 15-16). Es precisamente esta experiencia de una humanidad nueva, tocada por el encuentro con el Señor, con Su presencia, con Su cercanía.

En la lección titulada «Dios y la existencia» (pp. 67-85 del libro *Dar la vida por la obra de Otro*), don Giussani nos habla del «milagro del cambio». El cambio es un “milagro” porque no lo podemos programar nosotros, aunque nos esforcemos en ello. El cambio, sin embargo, consiste en quedar cautivados por una novedad en la inteligencia y en el afecto (como la que contienen estas páginas) que nos sorprende, nos atrae y nos pone en un camino en el que –poco a poco– nos descubrimos

distintos. Estamos siempre ante el primado de la ontología sobre la ética, el primado de algo que sucede, que reconocemos y que nos toca, con todas las consecuencias que conlleva.

Estamos pues invitados a tratar de entrar en la experiencia que estas palabras de don Giussani indican. ¡Pero atención! Ante palabras que son expresión de un genio de lo humano, no podemos pretender entenderlo todo enseguida. Para comprender (como nos ha pasado en la vida) hace falta una historia, hace falta tiempo, con fidelidad y petición (cf. L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, Bur, Milán 2016, pp. 541-542); se comprende haciendo un camino, dentro de un recorrido. En el primer inicio hubo un fuerte impacto, pero luego se trata de ir al corazón de la experiencia que se nos ha propuesto.

Con este realismo y con esta humilde sencillez, empezamos a trabajar juntos.

1. Un problema de conocimiento

El Gius retoma la expresión de san Pablo «Dios es todo en todo» (1Cor 15,28) de los Ejercicios del año anterior (que trabajamos el año pasado), planteando la pregunta fundamental: ¿cómo puede esta afirmación –«Dios es todo en todo»– influir en nuestra vida? Y explica: «“Dios es todo en todo” [...] no es una formulación abstracta ni absurda, es sencillamente algo que se puede juzgar y comprender –o no comprender–, pero siempre es un factor real de la vida» (p. 67), es decir, es una expresión de la razón comprometida ante la realidad de la vida.

Nuestra razón nos dice cosas elementales y sencillas:

- En primer lugar, no existíamos y existimos.
- Los rostros más queridos, las cosas más hermosas de la vida nos las hemos encontrado como dones inesperados, igual que para mí este encuentro o ser delegado especial de los *Memores Domini* es un don inesperado e impensable. ¡Las cosas más grandes vienen a nuestro encuentro!
- Las pruebas y dolores de la vida no son algo que queramos.
- Toda la realidad, misteriosamente, nos golpea a la cara, nos toca, nos hiere, dialoga con nuestro corazón. Hay algo antes que nosotros (¡algo antes que nosotros!) que llama a la puerta de nuestra vida. Es el punto de partida que siempre hemos visto y estudiado en *El sentido religioso*.

«Dios es todo en todo» es por tanto aquello a lo que nos conduce la razón si está abierta a la totalidad de los factores de la realidad, es decir, la razón vivida según su verdadera naturaleza. Pero el Gius se pregunta por qué no emerge del conocimiento inmediatamente la energía para el cambio. Porque solo el asombro ante la afirmación de que «Dios es todo en todo», solo el asombro original frente al Ser puede ser la fuente de un cambio ético. Este es un rasgo fundamental de nuestro carisma: de un atractivo, de una fuerza estética, surge una ética nueva. «Solo si el Ser atrae, puede obtener del hombre atención hasta el sacrificio» (p. 68).

Pero a nosotros, habiendo conocido al Señor como alguien atractivo, nos sigue pareciendo abstracta la expresión «Dios es todo en todo». ¿Dónde nos equivocamos? La respuesta del Gius tranquiliza, pero abre una lucha.

El asombro original –dice don Giussani– resulta difícil por el momento histórico que vivimos. Por eso es fundamental tomar conciencia de la mentalidad engañosa en que estamos inmersos. «Necesitamos *tomar conciencia* [por tanto] *de una mentalidad* que, exaltando aparentemente cierto renacer religioso, en realidad tiende a censurar el hecho de que “Dios es todo en todo”, haciéndolo abstracto» (p. 68). Aunque haya un aparente renacer espiritual, existencialmente Dios es abstracto y negado.

Debemos pues darnos cuenta en primer lugar del contexto en que vivimos, de la humanidad de la que somos hijos «y tenemos que pasar por todas sus dificultades, sus tentaciones, sus resultados amargos, manteniendo la esperanza que es la vida de la vida» (p. 68) para nosotros y para nuestros hermanos los hombres.

Esta es la situación, y aquí comienza la lucha a la que nos llama el Gius y a la que nos ha invitado el Papa: «Dios es todo en todo» es un problema de conocimiento, de cómo nos quedamos tocados, maravillados o llenos de asombro ante las cosas.

Para comprender esto pasamos al segundo punto.

2. Experiencia y razón

En el segundo punto don Giussani profundiza en el tema de la irreligiosidad como origen de la negación de que «Dios es todo en todo». Hay una irreligiosidad que comienza, sin que nadie se dé cuenta, con una distancia entre Dios como origen y sentido de la vida (pertinente por tanto en las cosas que pasan) y Dios como mero pensamiento, como afirmación teórica. Hasta en las empresas aconsejan diez minutos de “meditación” al día (¡para aumentar la productividad, naturalmente!), pero son minutos que uno pasa sin estar delante de nadie, es pura introspección, Dios no entra ahí (pp. 69-70). «Dios es todo en todo» es sustituido por una formulación más común: «Dios existe».

Sin embargo, «Dios es todo en todo» tiene una pretensión afectiva sobre nosotros, nuestras familias, nuestros amigos, nuestro trabajo. La afirmación «Dios existe» no le pide nada a mi experiencia porque es la formulación de Dios como puro pensamiento.

Se da así un distanciamiento entre mi experiencia –el impacto de mi conciencia con la realidad– y el sentido de la vida que es Dios (cf. 70). Una distancia entre mi vida, mi sufrimiento, mi alegría, lo que me pasa, mi pensamiento, mi afecto y Dios. La realidad cotidiana sigue un camino donde ya no hay referencias a que «Dios es todo en todo».

En este punto, el Gius da otro paso interesante: «La separación entre el sentido de la vida y la experiencia implica también una separación de la moralidad respecto a la acción del hombre: concebida así, la moralidad ya no tiene la misma raíz que la acción» (p. 69). Una vez, cuando estaba en Brasil, poco antes de Pascua una periodista –expresando totalmente esta mentalidad– me preguntó: «Padre, ¿cómo se celebra la Pascua? ¿Con huevos de chocolate?». «¡¿Con qué?! ¡¿Con chocolate?!». Es lo que uno diría a los niños, pero decir algo así a los adultos significa que Dios no tiene nada que ver con lo que interesa en la vida, con el gusto de vivir, ¡es otro mundo totalmente, otra cosa! La vida corre por un lado y la afirmación teórica «Dios existe» permanece –cuando permanece– a un nivel que no incide para nada en la realidad ni en el conocimiento. La moralidad, aquello por lo que nos movemos, no está determinada por un acontecimiento que nos invade, nos toca y nos contagia.

La vida está hecha de encuentros, de problemas, de decisiones que tomar. ¡Cuántas veces al día debemos tomar postura, la mayoría de ellas de manera tan inmediata que no nos permite recurrir a profundas reflexiones filosóficas! Lo que importa entonces es la actitud de fondo de nuestro yo. Y aquí se plantea una alternativa radical; hay dos posibilidades.

La primera posibilidad es que prevalezca el prejuicio, es decir, partimos de ideas que consideramos nuestras pero que, rascando un poco, son las que nos impone la mentalidad común: la televisión, la prensa, las redes sociales (p. 70). De tal modo que avanzamos mediante prejuicios.

La otra posibilidad es afirmar la realidad, el tú, escuchar al otro, mirarlo, tratar de entenderlo. Algunos ejemplos:

– Delante del pobre que encontramos en la calle, no nos limitamos a darle una limosna, lo miramos a la cara, movidos, conmovidos por su necesidad.

– Delante de alguien que nos ha tratado injustamente, no dejamos que prevalezca nuestra reacción en función de un “justo” resentimiento, sino la consideración de que se trata de una persona como nosotros, débil como nosotros, que también se puede equivocar.

– A quien asume el riesgo de crear una obra no le reprochamos el más mínimo error (¡quien se mueve se equivoca!), no lo condenamos según un concepto de pureza abstracto y violento, sino que partimos de un impulso de simpatía, intentamos identificarnos con él y captar la complejidad de los factores en juego.

La moralidad que tiene la misma raíz que la acción es la alternativa a un moralismo que aplasta al otro, que mortifica cualquier creatividad. Lo más evidente es cuando sucede una desgracia, pensad en una entre tantas, la guerra, el caso de las inundaciones en Ischia: enseguida todos buscan culpables, quién ha tenido la culpa, sin mirar el drama humano que ha sucedido. Es como estar subyugados a una mentalidad, por lo que es como si hubiera que “derribar” esa mentalidad. Justo en

una época como la nuestra, donde la sociedad tiene tanta necesidad de compartir, ¡del riesgo creativo de los cristianos!

«El moralismo –decía el Gius en otra parte– desgasta y es moralismo todo lo que se hace por algo que no existe, que no brota como expresión de un amor, de una adhesión, de un juicio y de un amor que nos empuja a adherirnos, que moviliza nuestra persona» (*Seguros de pocas grandes cosas. 1979-1981*, Encuentro, Madrid 2014, p. 449).

La sustancia –y la síntesis– de la cuestión que estamos afrontando está en la frase de Jean Guitton que don Giussani cita en la página 70 y que tantas veces hemos repetido: «razonable» es someter la razón a la experiencia. Hay una exigencia de someter la razón a la experiencia, a eso de lo que nuestra vida está hecha realmente y no a las ideas de las que estamos imbuidos y constituidos. Os la propongo íntegramente para que nos ayude a entender mejor el juicio que hace el Gius: «“Razonable” –dice Jean Guitton– designa a quien somete la razón a la experiencia, y concretamente aquel que, en el orden de la conducta y de la moral, no busca tanto construir un sistema para justificarse a sí mismo como encontrar la medida de la verdad, en proporción a la naturaleza humana» (*Nuevo arte de pensar*, Encuentro, Madrid 2000, pp. 85-86).

Para defender a Dios en su verdad y para defender al hombre, el Gius nos pide por tanto retomar y defender la palabra «razón», a la que considera como la más confusa del discurso moderno.

Cuando se traduce como «medida» de la realidad, se concibe la razón como prejuicio, es decir, «algo que interviene en la experiencia desde fuera para recortar y no para reconocer lo que está presente en nuestra vida» (p. 71). La razón como medida elimina la atención a todos los aspectos de la realidad y te dice que «no se puede ir más allá de esa medida». Pongo dos ejemplos muy sencillos. Cuando fui a Brasil, a propósito de la música, me parecía que no podía haber nada mejor que Verdi, Rossini, Mozart y Beethoven. Pero me encontré con la música popular brasileña, cargada del drama de la existencia. Por citar uno, Vinicius de Moraes, en su canción «Samba de la bendición», dice que la vida está hecha a partes iguales de tristeza y de alegría. Entonces fue como si la música brasileña me abriera otro mundo, como algunas de nuestras canciones, que expresan las grandes preguntas de la vida. Pero si tú sigues adelante con tu esquema («no hay nada más grande que lo que yo pienso»), no te abres a la realidad. Otro ejemplo más mundano: sabéis que ha muerto Pelé, que para el Brasil (y para otros muchos) era lo máximo. Pero si ves a Maradona marcando ese gol genial con la mano, ¡la razón tiene que abrirse! ¡Es un genio en su arte! Por tanto, Pelé sigue siendo «o rei», aunque la prensa argentina dice: «Es uno de los mejores», dejando la cuestión abierta. ¿Entendéis? La razón cerrada dice: «No, no puede existir nada fuera de lo que he programado». Pero la razón es apertura, una puerta abierta de par en par a la realidad y por tanto a lo que responde totalmente a la espera del corazón.

3. Tres graves reducciones

En el tercer punto, don Giussani describe tres casos emblemáticos en los que la razón como medida distorsiona la experiencia, influyendo en todos los comportamientos de la vida. Escuchemos seriamente, porque no estamos hablando del mundo, de los demás. Dice el Gius: «Voy a describir el origen del aspecto dramático y contradictorio de nuestro comportamiento» (p. 72). Aquí se nos educa realmente en nuestro camino, en nuestra historia, en nuestra experiencia.

Reflexionando sobre estas tres reducciones, comprenderemos mejor lo que hemos dicho sobre el uso de la razón, sobre el valor de la experiencia y la reducción de la moral a moralismo.

a) *En lugar de un acontecimiento, la ideología.*

Es el predominio violento de los prejuicios sobre el hecho (p. 72). El ejemplo más clásico que narra el Nuevo Testamento es la curación del ciego de nacimiento. Los fariseos le preguntan: «¿Quién ha pecado?», y él responde: «Hay un hecho: no veía y ahora veo». El prejuicio quiere eliminar el hecho, pero el ciego grita y proclama una verdad, un hecho que ha acontecido.

Lo deja bien claro el ejemplo que pone el Gius: un grave accidente ferroviario no nos impacta suscitando en nosotros en primer lugar una pregunta sobre el misterio del dolor y el sufrimiento, no nos pone en actitud de oración. El centro de nuestra atención lo ocupa enseguida la caza al culpable

desatada por los medios (p. 72) (como decía antes). En definitiva, la razón no se abre al hecho con todos sus factores, queda enseguida encerrada en una jaula sin libertad para actuar.

Preguntémosnos: ¿cuándo somos víctimas de esta dinámica? ¿Estamos abiertos a «vivir intensamente la realidad»? Porque toda la cuestión radica en cómo vivo la realidad, cómo se pone mi persona frente a la realidad, como hemos dicho tantas veces estos años: ¿nos ayudamos a vivirlo, a sufrirlo, a dejarnos interrogar por lo que sucede? ¿Nos dejamos herir por las cosas que pasan, por la realidad tal como acontece? Pongo otro ejemplo. A principios de enero tuvo lugar en Brasil el asalto de una multitud de gente al palacio del Congreso. Se trataba de una reacción desordenada y por tanto inaceptable frente al dominio de un pensamiento único que afecta a la cultura, la educación, la vida, que se quiere imponer a toda costa. Es un pensamiento único que existe en todo el mundo, no solo en Brasil. Ante eso, no ayuda una reacción desordenada, debe surgir un juicio que tenga en cuenta todos los factores en juego para que emerja una respuesta realmente humana. La propuesta que –según la percepción cristiana de la realidad– se resume en un pluralismo cultural no encierra la realidad en un esquema ideológico prefijado, sino que se abre a un horizonte más grande y plural en el terreno de la cultura, la educación y la política. Es el mismo criterio que se aplica a la cuestión de la paz. Es desastroso tomar el atajo que hace que todo consista en la carrera armamentística, mientras el Papa insiste en otro factor, otro elemento más comprensivo, más profundo: el diálogo y la búsqueda sería de una negociación diplomática.

b) *Reducción del signo a apariencia*

Frente a la realidad, nos quedamos bloqueados en el aspecto inmediatamente perceptible (p. 75). La realidad se vacía. Pero la realidad es signo, signo de otra cosa. El niño que regala flores a su madre es el signo de un amor. Su valor consiste en ser signo de un horizonte más grande, de una realidad más grande.

Para comprender esta reducción, quiero recordaros lo que contaba nuestra amiga Hassina delante del Papa. Participa en unas vacaciones nuestras, va de excursión a la montaña y al acabar todos dicen: «¡Qué bonito!». Entonces don Giorgio pregunta: «¿Por qué es bonito?». ¡Silencio general! Y dice: «Aunque os juntarais todos, no seríais capaces de hacer una sola piedrecita de esa montaña, ni siquiera una florecilla que brota de la roca... el único que puede hacerlo es Dios». Hay Otro a quien la realidad afirma, de quien la realidad es signo. La realidad-signo no quita nada a la belleza de las cosas, sino que la exalta, desvela su razón, su significado. El otro, la otra, la persona amada es signo, te abre de par en par al horizonte de la verdad de la otra persona. Y el horizonte de la verdad de la otra persona te indica una manera de tratarla que es moralidad y no moralismo. Es atención al destino y a la realidad. Por eso, reducir el signo a apariencia es un vaciamiento de la realidad.

Sin embargo, cuando la razón considera la realidad como signo, recupera la energía para pasar de la apariencia a la plenitud del signo. No queda bloqueada por la apariencia, sino que alcanza una plenitud aún mayor.

Preguntémosnos: ¿cuándo el milagro de la presencia del otro (en especial la del amado o la del amigo) se convierte para nosotros en signo de la bondad del Misterio, signo de la bondad de Otro, de una bondad aún más grande? Lo extraordinario es que un uso real y leal de la razón nos lleva al umbral del Misterio, y cuando el Misterio viene a nuestro encuentro y se manifiesta ante cada uno de nosotros, es como la experiencia de un abrazo aún mayor. ¿Hasta qué punto la belleza nos remite a Él? ¿Hasta qué punto la belleza de nuestra compañía nos lleva a hacer memoria de Aquel que la hace posible? Sin duda, nos damos cuenta en los momentos más dramáticos, por ejemplo cuando el Señor llama consigo a nuestros seres queridos. Su respuesta es la de alguien que participa de la inmortalidad de Dios, de la resurrección de Cristo, de Su victoria. Pero si todo queda reducido a apariencia, todo está destinado a la destrucción. La vida plena es «cuando veamos todo», pero la mirada ya se puede abrir ahora a la realidad final.

c) *Reducción del corazón a sentimiento*

El sentimiento lo domina todo, mientras el corazón indica la unidad de sentimiento y razón (p. 79). Se produce una gran reducción cuando el sentimiento lo domina todo, cuando la emoción lo domina todo.

Pongo un ejemplo. Es un testimonio de don Giussani que podéis encontrar en *¿Se puede vivir así?:* «Después de decir misa de once en una iglesia de Milán, fui a la sacristía —era una sacristía muy pequeña porque la iglesia había sido bombardeada—; entró una mujer pálida, a la que nunca había visto antes, con una niña en brazos, y me dijo: “Padre, mi marido se ha ido de casa esta mañana”. Como me pilló de improviso le dije: “¿Cómo? ¿Y por qué se ha ido?”. “Se ha ido porque se ha enamorado de su secretaria”. “Pero, ¿habéis reñido?”. “No, no, es más, se ha ido llorando, y diciendo: ‘Siento mucho el dolor que te causo, estoy muy disgustado, pero tengo que hacerlo, ¡estoy enamorado!’”. Y tomaba a la niña en brazos y no dejaba de besarla —¡fijaos hasta qué punto se puede llegar!—, atormentado porque tenía que dejar a la niña; pero tenía que hacerlo porque estaba enamorado”. Este es el emblema de la emoción erigida en juicio. ¿Me explico? De la emoción erigida en criterio para obrar, sin juicio. ¿Qué quiere decir juicio? Tú estás enamorado, te has enamorado de la secretaria, como puede sucederle a muchos [...]; ¿corresponde esto al designio que Dios ha trazado sobre tu vida y, por tanto, corresponde al camino de tu felicidad, o no?». Al camino de la felicidad en su sentido más pleno. «Estás casado, y tienes una hija; por eso, si abandonas a tu mujer y a tu hija traicionas la tarea que Dios te ha confiado y dejas de estar en el camino de la felicidad», dice don Giussani (*¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2008, p. 55).

¿Entendéis la importancia de que la emoción y el sentimiento sean juzgados? Deben ser juzgados dentro de un contexto donde entra en juego un designio más grande al que pertenece mi vida: el plan querido por Dios. ¡Va en ello tu vida, y la vida de los que te rodean! La emoción que suscita un encuentro debe ser juzgada por la razón.

Preguntemos: ¿qué puede hacerme ser fiel a mi mujer cuando me siento atraído por otra? ¿De qué modo el juicio construye mi vida frente al designio de Otro, frente al proyecto que el Señor tiene para mi vida, donde radica la plenitud, con todo el sacrificio y don de sí que implica? ¿Qué es lo que me hace indómito y creativo delante de mi hijo que, después del Covid, está apático con todo y acaba deprimiéndome a mí también? ¿Qué permite que un primer impacto de antipatía hacia el otro no me bloquee, sino que me abra a un camino de amistad? Todas son situaciones donde, si el corazón se reduce a sentimiento, decae la potencia del juicio y por tanto la posibilidad de un camino. El juicio está dentro de un camino (esto vale para la vocación al sacerdocio, a los *Memores Domini* o al matrimonio), dentro de un designio admirable en el que se encuentra nuestra vida.

4. La corrupción de la religiosidad

El cuarto punto es como un resumen de todos los temas citados hasta ahora a los que me he ceñido rigurosamente.

Empezando por el amor a la razón, la confianza en la razón, que él define como nuestra «arma de ataque y de defensa» (p. 79). Pensad en los apóstoles que se encuentran con el Señor. La razón se ve exaltada, elevada, reconoce, y en el reconocimiento de la razón entra también el afecto, entra la adhesión. Por ello, el punto fuerte es precisamente el amor a la razón, que es el bien del intelecto, sí, pero en la medida en que va unida al afecto, a algo o alguien que me ha cautivado, que me cautiva, alguien que me conquista y me atrae profundamente. Pensemos en cambio en la poca confianza que damos a lo que nuestra razón nos hace evidente: ante la responsabilidad que nos pide la razón, ante lo que nos indica, preferimos la comodidad de absorber supinamente todo lo que el poder nos ofrece.

El Gius vuelve a insistir en la importancia de comprender el contexto en que vivimos. Un contexto en el que un sentimiento religioso genérico, que niega la realidad de «Dios todo en todo», lleva progresiva pero inexorablemente a la eliminación de la religiosidad propia de Cristo y de la Iglesia (pp. 79-80). Se afirma la religiosidad como un «credo en algo superior», pero no la religiosidad tal como indica el recorrido de *El sentido religioso*, de la razón que se abre a la realidad, que se encuentra con el Misterio, que está delante de Otro con el deseo de que ese Otro se revele. Y cuando se revela en un encuentro, todo el camino de la razón se ve iluminado y exaltado. La razón es exaltada y afirmada profundamente.

Hace poco me encontré con un pasaje de su famoso discurso en Harvard, donde Solzhenitsyn acusaba la crisis de Occidente, que me impactó tanto por su coincidencia con el juicio de don Giussani como por el especial significado que adquiere en este momento. «No voy a examinar el caso de un desastre producido por una guerra mundial y los cambios que produciría en la sociedad. Mientras nos despertemos todas las mañanas bajo un pacífico sol, tendremos que llevar una vida cotidiana. Pero hay un desastre que ya está muy entre nosotros. Estoy refiriéndome a la calamidad de una conciencia desespiritualizada y de un humanismo irreligioso» (8 de junio de 1978). Es la reducción de lo humano, de la grandeza originaria de nuestro ser.

Prosperi

Lo que es de locos –si me lo permites– es que nos encontramos precisamente en una situación de «desastre por una guerra», pero estamos ya tan adormecidos que ni siquiera eso nos golpea.

Santoro

Pues sí, las dos cosas van unidas. Pero esta crisis no solo afecta al mundo, también a la Iglesia. Tanto que el Gius introduce la imponente cita de la *Carta a los cristianos de Occidente* del gran teólogo bohemio Josef Zverina, que reclama la necesidad de no conformarse con la mentalidad del mundo, no asumir el esquema del mundo. Nos provoca con una ironía mordaz. «Os asimiláis al mundo, despacio o de prisa, pero siempre con retraso». Nos pone en guardia: «No podemos imitar al mundo precisamente porque tenemos que juzgarlo, no con orgullo ni superioridad, sino con amor» (pp. 81-82).

Esta incomprensión de la necesidad de una mentalidad distinta de la del mundo explica por qué en la Iglesia se favorece la incomprensión del problema de la educación cristiana, de la misión, de la conversión, de la construcción misma de la Iglesia. Estos problemas exigen un cambio que debe acontecer en nosotros. El Gius concluye: «El cristiano es ayudado a percibir y a avanzar en este cambio a través del cambio que reconoce en otros hombres con los que se encuentra. El milagro es este cambio de uno mismo» (p. 82). Es justamente el cambio de nuestra persona, con los pasos indicados.

5. Tradición y carisma

Un quinto punto encuentra a don Giussani en total sintonía con lo que el Papa nos decía el 15 de octubre. El último punto de esta lección empieza con una frase preciosa: «Es imprescindible que *la fidelidad a Cristo y a la Tradición* sea sostenida y alentada por un ámbito eclesial verdaderamente consciente de esa necesaria fidelidad». Es decir, hace falta un contexto, un ámbito, una experiencia. En estas páginas encontraréis muchas de las cosas que hemos dicho estos meses a propósito del discurso del Papa, que en estas palabras encuentran un punto culminante:

- el valor del carisma como don del Espíritu (p. 83);
- el hecho de que «no es un verdadero carisma si no está reconocido por la autoridad de la Iglesia, es decir, por el Papa» (p. 83);
- la importancia de atender con toda la disponibilidad del corazón a las indicaciones del movimiento (p. 83);
- la coesencialidad del aspecto institucional y carismático (p. 84);
- la importancia de compararse, en el movimiento, con aquellos «que la Iglesia reconoce como garantes de la verdad de ese don del Espíritu» (p. 85);
- el hecho de que el Espíritu de Cristo «alcanza a determinadas personas [...] a fin de que toda la Iglesia reverdezca, renazca con mayor conciencia ante los ojos de todos» (p. 85).

Retomo algunas citas en referencia a estos puntos.

- «De aquí que sea moralmente imponente participar en un movimiento eclesial, como *pertenencia* a un ámbito en el cual el don del Espíritu que proviene del Bautismo se concreta de forma demostrativa y persuasiva. Este don del Espíritu se llama *carisma*. Pero no es un verdadero carisma si no está reconocido por la autoridad de la Iglesia, es decir, por el Papa» (p. 83).

– «No hay otra forma en que el Espíritu nos pueda alcanzar de un modo más sencillo, más persuasivo, más eficaz que mediante una realidad presente, por medio de un contexto presente» (p. 83). Una realidad presente que está fuera de nosotros pero que se hace nuestra, una presencia dentro de mí, por la que me encuentro tratando a los demás como ese encuentro los trataría, como el misterio del Señor presente los trataría. Es una ganancia para mí, un cambio, un milagro. Un milagro que puede suceder, por el que empiezo a tratar la realidad en virtud de ese bien que nos sale al encuentro. Los apóstoles que se encuentran con el Señor empiezan a vivir de manera distinta, se tratan de manera distinta.

– «No hay otra forma en que el Espíritu nos pueda alcanzar de un modo más sencillo, más persuasivo, más eficaz que mediante una realidad presente, por medio de un contexto presente. [...] Un carisma reconocido por la Iglesia es un don del Espíritu de Cristo que lleva a vivir la institución integralmente» (p. 84).

– «Un auténtico movimiento –ha dicho Juan Pablo II– existe por tanto como un alma que alimenta por dentro a la institución. No es una estructura alternativa a ella. Por el contrario, es fuente de una presencia que continuamente regenera su autenticidad existencial e histórica» (p. 84).

– Otra cita de Juan Pablo II (a la que el papa Francisco se refirió en su discurso): «“En la Iglesia, tanto el aspecto institucional como el carismático [...] son coesenciales y concurren a su vida, su renovación y su santificación, aunque sea de un modo distinto”. [...] Carisma e institución son coesenciales en la definición de lo que es la vida cristiana de la Iglesia, de la vida eclesial. Por eso un movimiento es un ejemplo que demuestra, que persuade en la fe, y por tanto resulta útil para la vida pastoral en las diócesis y las parroquias. El modo de vivir el don del Espíritu tiene que llegar capilarmente a la personalidad de cada uno» (p. 84).

Aquí resuena constantemente un eco de lo que el Papa nos decía.

– «Se vive verdaderamente el carisma en la medida en que se confrontan todos los aspectos de la propia vida con el ideal del carisma mismo [¡la vida entera! Salimos ganando cuando confrontamos todos los aspectos de nuestra vida], tal y como lo expresan los que la Iglesia reconoce como garantes de la verdad de ese don del Espíritu; seguirles [a los garantes de la verdad de ese don del Espíritu] constituye una obediencia concreta que trata de encarnar, hasta en los últimos aspectos particulares de la vida, la imitación de Cristo y la fidelidad a la Iglesia» (p. 85).

– «Lo que cambia en nosotros, gracias a la pertenencia al movimiento y a la coherencia con él, debe partir consciente y razonablemente del conocimiento, debe arrancar de allí, porque todo lo que el hombre hace depende del modo en que concibe las cosas. Por eso, es una forma de conocimiento lo que puede contrarrestar la mentalidad que el mundo nos insinúa, que menosprecia a Dios, que lo maltrata negando a Cristo. No podemos conocer al Misterio si no nos lo desvela Cristo. Y la Iglesia –es un ejemplo, no una blasfemia– presenta a Cristo con mayor claridad, persuasividad y ayuda para la vida mediante los movimientos» (p. 85). Giussani termina diciendo que «el Espíritu de Cristo, que ha creado la Iglesia y la envía al mundo, la conforta, la edifica y la fortalece con los carismas: alcanza a determinadas personas, mediante uno u otro carisma [no existe el monopolio del carisma o de los carismas], a fin de que toda la Iglesia reverdezca, renazca con mayor conciencia ante los ojos de todos» (p. 85).

Si hubiéramos leído con atención estas páginas hace un poco de tiempo, nos habríamos ahorrado mucha confusión en el conocimiento, muchos comportamientos inadecuados y muchas fatigas.

Conclusión

Quisiera concluir repasando rápidamente los cinco puntos de la lección, bajo la forma de preguntas. Preguntas que sean una ayuda para el trabajo de vuestros grupos de comunidad o fraternidad. Pueden ayudarnos a descubrir ciertos rasgos del «potencial fecundo del carisma».

1. El primer punto nos habla de un aspecto central en nuestro carisma: el tema del conocimiento y el predominio de la estética sobre la ética, de la fascinación, de la belleza del encuentro que seguimos. ¿Qué significa esto en nuestras jornadas y en la presencia en nuestros ámbitos de trabajo y estudio?

2. En el segundo punto hemos citado la frase de Jean Guitton: «razonable» es someter la razón a la experiencia, al hecho. Nos preguntamos: ¿en qué circunstancias este método ha iluminado nuestra vida, salvándola del prejuicio y del moralismo? Describamos cómo nos hemos liberado del prejuicio y del moralismo.

3. Entre las diversas reducciones de la razón descritas en el tercer punto, quisiera centrarme en el sentimentalismo, que hoy me parece especialmente invasivo. La idea dominante es que conviene seguir solo lo que uno “siente”, lo que implica al sentimiento. Este exilio de la razón ahogada por el sentimiento tiene un impacto en nuestra forma de vivir. Pensemos en lo que nos pasa en nuestras relaciones de trabajo, en el afecto o en nuestra forma de vivir el movimiento cuando el único criterio es el sentimiento. Atención, el sentimentalismo es una cosa y el corazón, otra. Porque en nuestra experiencia el sobresalto del corazón es indispensable, el sobresalto del corazón frente al acontecimiento es esencial, es como el punto de arranque, tal como les pasó a los apóstoles. Luego podemos ser también frágiles y débiles, pero estamos juntos. Por eso uno hace esos diez minutos de Escuela de comunidad y lo prefiere a lo demás y con lo demás, porque (al menos a mí me pasa) retomar textos como estos provoca ese sobresalto que me relanza a todas mis tareas.

4. En el cuarto punto, Zverina, con su carta, nos pide el coraje del juicio. Estos años hemos confundido muchas veces la necesidad de evitar la superioridad en el juicio para no parecer orgullosos –cosa que nunca debemos ser– con la renuncia a cualquier juicio. Hemos llegado incluso a teorizar que el juicio, como tal, es “divisivo” y por tanto nos aleja del otro. Pero sin ejercer la razón frente a las circunstancias, nuestra inteligencia se empobrece y nuestra capacidad de encuentro decae. Hablo del ejercicio del juicio, de una comparación constante entre lo que el sentimiento nos suscita con el destino, con la verdad, con nuestra vida. Una pregunta: ¿cómo podemos hacer nuestro el llamamiento de Zverina? ¿Cómo podemos ayudarnos –en la gran compañía del movimiento o en nuestra comunidad local– a responder juntos a esta invitación a ejercer la razón ante las distintas circunstancias? Es un gran don que hemos recibido y estamos llamados a vivirlo constantemente.

5. Respecto al quinto punto, sobre el carisma, testimoniemos cómo se está desarrollando entre nosotros el potencial del carisma. Después del encuentro con el Santo Padre, allí donde he estado – en el movimiento pero también en muchos otros ámbitos de la Iglesia y fuera de ella– es como si nuestra audiencia hubiera marcado un cambio de perspectiva en la forma de mirar al movimiento, tanto dentro como fuera. Ha sido como una gracia y un asombro, no solo por el número de personas, sino por la cordialidad con que se nos ha acogido, tratado e invitado a hacer un cierto camino. Ayudémonos a comparar nuestra vida con el acontecimiento que nos conquista día tras día. Para ello, en la próxima Escuela de comunidad del 15 de marzo empezaremos partiendo de vuestros testimonios o preguntas, que podéis enviar a la dirección: annunciosdc@comunioneliberazione.org Gracias a todos por vuestra atención y por el camino de esta noche.

Prosperi

Gracias a ti, don Filippo. Como hemos visto, nos espera un camino fascinante, denso, pero sin duda extremadamente actual desde todos los puntos de vista. El método que proponemos para estos dos meses –aprovechando la sugerencia que desde el inicio, ya con la primera presentación, nos hizo don Filippo– es que el trabajo común vaya acompañado de un trabajo personal, diario idealmente. Bastan diez minutos, y que esos diez minutos se dediquen sobre todo a la lectura, comprensión y profundización del texto, dejando así que surjan preguntas comparándonos con el texto. Es importante que el texto no sea solo un “pretexto” para luego hablar de otra cosa, de tal modo que nuestro estar juntos –que necesariamente tiene sus ritmos (las Escuelas de comunidad más frecuentes son semanales, otras son quincenales)– sea un momento de comparación real con la propuesta que se nos hace. En esta comparación, tengamos presentes las preguntas que don Filippo nos acaba de sugerir, que podrían ayudar y guiar el trabajo que haremos. Podéis enviar las preguntas que surjan a la dirección indicada, de tal modo que la próxima vez podamos comenzar con un

diálogo que sirva de síntesis del trabajo de los próximos dos meses sobre la primera lección de los Ejercicios de 1998, de la página 67 a la página 85 del libro *Dar la vida por la obra de Otro*. La próxima presentación –sobre la segunda lección de los Ejercicios de 1998– será el miércoles 15 de marzo a las 21 horas, siguiendo la misma modalidad que esta noche.

Santoro

Recemos un Ave María recordando especialmente a las personas afectadas por la guerra en Ucrania y también por nuestros hermanos más necesitados en diferentes situaciones de conflicto en el mundo, como hace siempre el Papa, conscientes de que el anuncio de Cristo abre de par en par nuestro corazón para vivir todos los aspectos de la realidad y por tanto para comunicar la gracia que nos ha alcanzado y conquistado.

Ave María.